

## ENSAYO

# La historia de ahora en la ficción de hoy

BENHUR SANCHEZ SUAREZ\*

Frente a *Soñé que la nieve ardía* de Antonio Skármeta, novela cuya primera edición se hiciera en España hace diez años, asumo la posición de un lector común y corriente, sin pretensiones intelectuales, académicas o eruditas, esas que deben caracterizar a los críticos de oficio, y antes bien, asumo la posición del escritor que encuentra en otro escritor las potencialidades expresivas del lenguaje, cuando está al servicio del tema, o para mejor decirlo, cuando el tema nos toca por igual, nos identifica y nos hace contemporáneos del hecho de narrar.

No hay nada mejor para uno, como lector desprevenido, que encontrarse transportado al mundo que hubiera querido construir o destruir, amar u odiar, pero que sin las armas creadoras ni los recursos de expresión necesarios para hacerlo, debe recibirlo de un escritor que lo crea, nos lo ordena y nos golpea con él. Esta actitud en el proceso de lectura es, indudablemente, el primer paso que debe dar todo relator o comentarista de la obra de un autor que tiene en la misma época el lastre de una historia parecida o la enjundia de realizaciones que pretenden absorber con la ficción una historia verídica.

En verdad estamos en una realidad de asombroso parecido en América Latina. Esta actitud de cierto realismo, que no es con-

---

\* Escritor y pintor, director editorial del Banco de la República, miembro de la Unión Nacional de Escritores.

ducta ajena a la literatura latinoamericana a partir de finales del siglo pasado y principios del presente, tiene en Antonio Skármeta otra dimensión, a la altura de la década de los setenta, otro modo de ver y de expresar esta realidad. Para decirlo de otra manera, no hay frente a él el sagrado respeto de los años, de acontecimientos frente a los cuales apenas si tenemos memoria o de sociedades cuyas principales motivaciones culturales son apenas meras leyendas que producen, como primera reacción, el agradable gusto de lo exótico. Me refiero en este caso al lector europeo cuando lee a un escritor latinoamericano, García Márquez por ejemplo, o de nosotros cuando nos introducimos en el mundo de un Proust o de un Joyce o una Yourcenar, aunque nuestra formación escolar y cultural nos los haga más cercanos y familiares que nosotros a ellos. Por el contrario Antonio Skármeta es un autor de nuestra misma edad, quiero decir inmerso en nuestros mismos acontecimientos cotidianos, con obras que reflejan nuestro entorno y frente al cual la expectativa no puede tener otra motivación distinta a que nos eche el cuento de nuestro propio cuento y que nos lo eche bien. He aquí el reto de esta novela y este autor, nacido a la literatura en la década de los sesenta y afianzado con razón en los setenta.

No hay en él, por tanto, la expectativa de lo exótico, sino que, por el contrario, puede existir en él la contrariedad de la verdad, para algunos, o la posibilidad del engaño, para otros, precisamente por tragar estéticamente un tema tan actual y tan nuestro. A mi juicio, lector sin tanto vuelo, esta es la primera dificultad que se sortea con éxito en *Soñé que la nieve ardía*, precisamente porque el autor se coloca a tal distancia de los sucesos reales que no toma partido en la ficción sino que solamente narra, crea, imbrica seres y nos los devuelve reales en toda su dimensión. Esta es una virtud, una gran virtud que demuestra la profesionalización del escritor, pues la obra se escribe inmediatamente los acontecimientos marcan su sensibilidad. Únicamente al final del libro el autor se involucra en forma sorpresiva en la novela y termina siendo el interlocutor de un tercero que le suelta el rollo, don Manuel, dueño de la pensión que es espacio trascendental en el desarrollo de la historia. Hermoso final que hace que el lector se replantee el libro y descubra que el autor ha sido ese habitante mudo, partícipe de los acontecimientos de los cuales se ha desprendido habilidoso para dejarlo en manos de la autonomía creadora de sus personajes.

Bueno. La verdad es que con este libro, que hoy intento comentar ante ustedes, me sentí transportado a muchas de mis vivencias personales y eso me agradó sobremanera. Y fíjense que trato de ser auténtico ante ustedes pues no pretendo que esta primera impresión de pie a ningún engaño. El primer paso que he dado como lector ha sido el de aceptar la primacía del gusto y no me da pena decirlo. Quiero decir que me gustó la novela y, en primera instancia, esto me permitió intentar este acercamiento. Y me gustó porque siento que ahí mi vida también ha sido posible; que muchos de mis pasos por el mundo están ahí presentes y que muchas de mis angustias y esperanzas pero, sobre todo, gran parte de las cosas que hubiera querido decir algún día están ahí, desarrolladas con sobrada maestría y gran vitalidad. Por ejemplo, la narración de la salida del pueblo de Arturo, con la cual arranca el libro, está llena de calidez y de nostalgia, y dado su dramatismo, me impregnó de inmediato. Ahí se conoce aquel Arturo impetuoso, encerrado en sí mismo, egoísta, deseoso de triunfar en la vida cueste lo que cueste. Muchos hemos vivido esta historia y hemos pasado por esta experiencia, pues este continente es un continente migratorio, emigrante cotidiano, en el cual ya no es posible hablar de etnías regionales puras sino de pluralidad de sangres y de intelectos, cuando no de problemas y de crisis y de esperanzas que nos cobijan por igual. El autor no me engaña con el viaje de su personaje, no es postiza su salida, ni con la percepción de ese paisaje, distinto en él por el país mismo pero igual al mío en la sensibilidad y por ello totalmente posible, identificable, creíble desde mi perspectiva cultural. ¿Qué más dá que sea un tren de Antofagasta a Santiago o una flota Magdalena de Pitalito a Bogotá, por los despeñaderos de nuestra cordillera oriental? Yendo más al fondo, mi gusto me indica que es muy bueno que la novela comience con el despegue de un provinciano hacia la capital, pues me parece el símbolo de una sociedad que arranca hacia una nueva era, llena de vitalidad, aunque a la postre sucumban, tanto ella como él, en manos de la verde brutalidad de nuestro tiempo.

La obra recoge los acontecimientos que preceden al golpe militar en Chile en 1973, que hunde el triunfo de la Unidad Popular e instaura el régimen aquel, de todos conocido. Pero más que el hecho mismo, más que cualquier truculencia producto de la inmediatez, es el ambiente de los comunes y corrientes, el clima que se vive en Santiago, el pensamiento de los militantes de la Unidad Popular, de su base, con sus aspiraciones, su vida, sus sueños y alegrías, los que transcurren como un torrente imparable a lo

largo de la obra. Y también el pensamiento y el transcurrir de otros hombres para quienes el desarrollo político y social no es mentalmente discernible sino en la medida en que les permita vivir, comer o amar: los eternos conformistas de cualquier sistema y de cualquier país. Y también el mundo interior de quienes sólo desean, desde las perspectivas de su yo, triunfar en la vida aún por encima de la amistad, incluso del amor, el más grande y al mismo tiempo el más común signo de solidaridad y de convivencia humana. Por ello la novela la he sentido cimentada en tres historias imbricadas, perfectamente desarrolladas, tres niveles de pensamiento y tres conductas culturales a través de los cuales el autor logra con astucia fijar en el ánimo del lector la situación del pueblo chileno en ese momento histórico de tanta trascendencia para el desarrollo del país.

La primera historia es la del futbolista Arturo, el provinciano aquel que emigra de su pueblo y se instala en la capital con un solo objetivo: su triunfo personal:

*"...grandes futbolistas que yo conocí: Leonel Sánchez.*

*—Yo soy mejor que ese.*

*—Hijo, si tú eres mejor que Leonel, quiere decir que eres realmente bueno.*

*—¿No me cree?"*

Con este personaje, Arturo, el canto al individualismo, tan propio de nuestras culturas latinoamericanas, está perfectamente definido, literariamente trabajado:

*"—¿Por qué no nos enseñas?*

*...*

*—¿Para qué voy a hacerlo? Con uno como yo en el equipo basta. Cuando hay uno solo, ese es más caro. Es la huevía que te enseñan en el colegio. ¿No ha ido al colegio?*

*—Hice la primaria. Ahora trabajo en una curtiembre.*

—Ah.

— *¡Me gusta mi trabajo!*

....

— *En la ciudad todos se conforman con lo que tienen. Yo no, gallo. Yo quiero hacerla en grande. Jamás me iría a meter en una fabriquita”.*

Ese individualismo se refleja también en su inconsciencia política:

“— *¿Qué estás leyendo?* —le dijo al Gordo

— *Lenin.*

— *¿Ese es el huevón que dice que todos somos iguales?*

— *No dice eso, dice cómo se llega a una revolución socialista.*

— *Los socialistas quieren que todos seamos iguales. Lo sé del colegio.*

— *Quieren que los medios de producción sean de todos. Nunca han dicho que todos somos iguales. ¿Te interesa informarte?*

— *No me gusta la política. Yo quiero vivir tranquilo, sin joder a nadie, sin que nadie me joda.*

— *¿Y que todo siga igual? ¿La misma injusticia?*

— *¿Acaso tengo yo la culpa?”.*

Arturo no piensa sino en él y hasta llega a ultrajar el amor para resolver su problema personal. En últimas lo logra pero en tal forma que el autor hace claudicar su machismo, ese que ha hecho de él un ser posesivo e intransigente, además de virgen, hasta hacerlo llorar para lograr la culminación de su deseo. Lo curioso es que este llanto no es producto del deseo sino del asomo de la solidaridad en Arturo, cuando se hace consciente de su impotencia y de su cobardía al ser espectador pasivo de la golpiza propinada al Gordo Osorio por parte de la policía. Es ahí donde Arturo comienza a ser otro a mis ojos de lector:



*“—¿Tu estás caliente conmigo, Cierto?*

*Arturo quiso agarrar la colcha y hundir las manos en ella. Quiso decir que no, que no era solo eso, que él quería ser con ella caliente pero también lo mismo que los otros amigos, de hablarse, de hacer cosas, de juntarse de mil maneras. Quiso decirlo pero su nueva piel puso ese silencio en los labios y también le puso el mismo silencio en la mirada”.*

De otra parte hay que tener en cuenta que Arturo es el futbolista que quiere llegar a ser figura nacional e internacional y mira a sus amigos y compañeros como peldaños sobre los cuales logrará escalar el triunfo, la fama y el dinero. Es derrotado, no por sus condiciones de futbolista que son excelentes, sino por un poder que no le interesa y que sólo a través del amor, de la amistad y de la solidaridad, consigue empezar a comprender:

*“—¿Qué fue del futbolista y su abuelo?*

*—Al joven Arturo lo tomaron preso el 24 de septiembre en los funerales del poeta. Ahora está con su abuelo en el sur. Qué están bien puedo decirle, y ojalá con esto le baste”.*

Alude claramente al entierro de Neruda, poeta con quien Arturo se encuentra al leer un libro con el cual se prepara para la conquista de Susana. En la obra aparecen fragmentos de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, tan importante en la formación sentimental de los chilenos de la década.

La segunda historia que encontré es la del Señor Pequeño, nombre con el cual transcurre a lo largo de la obra aunque su verdadero nombre, que se conoce casi al finalizar el libro, es Ernesto Lecaros, artista del espectáculo, fracasado, ladrón, lleno de sueños, acompañado de un secretario de nombre Angel pero apodado La Bestia, como caprichosamente lo llama el Señor Pequeño:

*“—...con esto puede matar gente. ¿Dónde se lo robó, Señor Pequeño?*

*—Me lo dio el futbolista.*

*—¿Usted ha matado a alguien, padre?*

*—No recuerdo—. Se palpó lleno de ansiedad la frente, la boca, las mejillas—. Oiga, ¿no tiene por ahí un espejo que me preste?*

*— ¡Padre!*

*—No, si no es por vanidad que le digo. Es que me olvidé de mí mismo”.*

No en vano este personaje es el único que triunfa.

La tercera historia es la del grupo de sindicalistas y militantes de la Unidad Popular que expresan sus ideales, sus dudas y programas en las reuniones del sindicato, en la pensión, en el cumplimiento de su trabajo voluntario, y que actúan conscientes de su deber de revolucionarios y de los peligros que acechan la estabilidad del gobierno de la Unidad Popular.

Hay otros personajes, como Sepúlveda, el policía de tránsito, los locutores de radio, Facús y Márquez, que sirven de pretexto al autor para explorar aún más el ambiente que se vive por esos días en Santiago y que a través de sus monólogos develan la realidad histórica del país.

Las tres historias se juntan, se tocan, se mezclan y el recuerdo del autor es una pequeña pensión del Santiago del 73, donde acuden personajes sin éxito, sin dinero, y cuyo dueño, don Manuel, termina siendo el relator de toda esa historia que en cada uno va disolviéndose, aplastados por un sino histórico que, sin embargo, en la obra no queda trunco sino abierto en el *“Entonces, gracias”*, del autor al finalizar la novela, cuando Skármeta se torna personaje en forma intempestiva.

Frente a este tema tan complejo el autor no deja entrever ni el más mínimo asomo de pancarta, como sucede con tanta literatura nuestra que trata temas parecidos, pues hábilmente recurre a una técnica fluida, totalmente literaria, en el sentido como los slogan brotan naturales, de acuerdo a la dinámica de relato, y porque el pueblo tiene ahí su propio lenguaje, poético y político. Parece ser que al autor no le interesa profundizar el estado ideológico del pueblo tanto como la expresión libre de los personajes, representantes de una clase que por fin comienza a expresarse con una nueva categoría literaria. Es un momento difícil no sólo

para Chile sino también para el autor, como lo expresa en una entrevista: "...un momento crítico en la vida de un narrador latinoamericano que intenta acercarse a las posiciones del proletariado y al mismo tiempo quiere mantenerse fiel a su mundo creativo".

En estas tres historias, que son el contenido mismo del libro, he visto que resaltan tres elementos fundamentales:

- Cómo el autor logra colocar la *solidaridad* por encima del individualismo, a través de los obreros y los pequeños propietarios. En este caso la mujer es pieza fundamental en la obra, y es de las pocas en que no se percibe en su tradicional postura, sino de igual a igual en su posición frente a la vida y en la conciencia de su deber histórico.
- Cómo el autor presenta el *machismo* a través de Arturo y cómo lo pulveriza con la presencia de Susana, militante de la Unidad Popular, que doblega al macho intransigente con el poder de la solidaridad; y

—Cómo la *pauperización* del artista del espectáculo sirve al autor para elaborar preciosos episodios con un lenguaje lírico, rico en sugerencias y metáforas.

A su vez, se resaltan tres tópicos definidos:

- El *deporte*, que se explicita a través de las acciones del futbolista, su trajinar hasta llegar a ser profesional, y luego su fracaso, y los locutores de radio, tan vívidamente retratados que al leer la novela me parecía estar en un domingo tedioso escuchando a lo lejos, en algún radio del barrio, el rechinar de una narración ampulosa de un partido mediocre entre dos conjuntos cuyos integrantes sólo ansían mantener la posibilidad de un sueldo mensual de profesional. Además, como se sugiere a través de estos locutores, se explicita el poder de este medio de comunicación pues sus comentarios capciosos son base para el fracaso de Arturo y su hundimiento como figura nacional.
- El *amor*, pues a través de lo erótico y sin llegar nunca a lo pornográfico, logra construir escenas tan dinámicas como la masturbación de Arturo en el baile popular o su hora culminante con Susana en la alcoba de la casa de ella, bajo el



acecho de su madre. El amor es, en este libro, también un canto a la solidaridad.

- La lucidez *política* del relato, que a pesar de trajinar slogan y pensamientos comunes y corrientes, logra en el tratamiento del lenguaje un fluir preciso y claro del desenvolvimiento de los obreros y militantes de la Unidad Popular. Estos se hacen conscientes por sí mismos, sin la intervención del autor, de eso que va a suceder, de la inminencia de esos hechos que, sin embargo, no los arredra para preparar la movilización de apoyo al presidente con motivo del aniversario del triunfo de la Unidad Popular. Fijémonos cuando el Guatón dice: *"ni siquiera la calle es de la izquierda, se la tenemos que dejar para sus viejas, sus cacerolas y sus lolos"*, con lo cual hace referencia expresa a la famosa manifestación de las ollas vacías con la cual las clases pudientes protestaron por las medidas económicas de tipo popular; o cuando el Negro exclama: *"entiende que la huevá aquí es sin fierros, aquí la huevá se ganó por el voto y por la ley"*; o cuando el Gordo Osorio se atreve a decir, en ese coro de voces tumultuoso y arrollador: *"De todas maneras esto no me gusta na, si paran los médicos los tenemos que dejar, si cierran los almacenes los tenemos que dejar, si hacen huelga los tenemos que dejar, si nos mientan, si nos matan, si nos cagan, los tenemos que dejar, saben qué compañeros, esto más parece minuet que revolución"*.

Desde el punto de vista de la técnica he encontrado tres aspectos principales:

- La utilización de la lengua picaresca del pueblo, el lenguaje coloquial que hace vibrante el desarrollo de la historia. Esto es visible a lo largo de los diálogos en la novela.
- La inclinación del autor a la experimentación, que no es ajena a la literatura latinoamericana del boom y después del boom y por cuya utilización muchos autores lograron una fama efímera. En nuestro caso la experimentación con el lenguaje se hace palpable en los diálogos a varias voces donde se mezclan varios niveles y varias posiciones ideológicas, presentado todo en una sola parrafada muy de acuerdo con la fuerza que requiere la narración conforme a la fuerza del momento.

- La dinamización lírica de la narración a través de frases que a lo largo de la novela, especialmente cuando se refiere al Señor Pequeño, matizan la historia y catalizan el borbollón noveloso de la experimentación. Veamos algunas de estas imágenes, por ejemplo la descripción del billar cuando Arturo sale del pueblo: *"allí seguirían eternamente manoseando las mismas bolas multicolores hastiadas de rebotar en el añejo fieltro verdoso"*. Otra: *"El Señor Pequeño trasladó el contenido de sus ojos de un zapato a otro, varias veces"*: al referirse a unas acciones de Arturo en la cancha, escribe: *"En la segunda acción notable, el muchacho fue sembrando mareo y cosechando espacio, hasta que Etcheverry quiso probar sus huesos fantasmales y lo planchó en el límite del área"*; o cuando, después de la tragedia, don Manuel le explica al escritor: *"y yo no sé qué decirle, desde que supe que el Negro está muerto como que se agrandó la casa, me pasé horas viendo lo lejos que se van las paredes, y a veces nada me movía de este sillón y pasaba la Juana con la escoba arriba de esta alfombra pelusienta, como si no hubiera pasado nada, como si fuéramos a ser doce a la mesa en vez de yo solo como una vela sin ganas de probar ni una lechuga..."*.

En fin. Me gustó la novela. Me gustó esta historia común y corriente de hombres comunes y corrientes llevada a flor de piel con la impetuosidad de un lenguaje vibrante. Estas sociedades son así. No pudo el autor crear un canto distinto a la expresión de las contradicciones de una sociedad que intentaba hacerse, renovarse, que la aplastaron brutalmente pero que tiene la posibilidad de levantarse.

\* Palabras en nombre de la Academia Colombiana al Instituto del poeta Jorge Rojas como miembro de número.

\* Poeta de la generación de piedra y cielo, autor de numerosos libros, uno de los cuales "Los Poemas Tardíos", acaba de publicar la Universidad Central.